

á los alcaldes, si un recluta ó un individuo disponible tiene el derecho de poner un sustituto; ellos decidirán por sí solos si los sustitutos son admisibles (1).» Es inútil hacer notar la importancia que tenía este artículo en cuanto á la situación de las familias que tenían reclutas ó disponibles respecto del subprefecto, que en virtud de tal disposición decidía sin apelación y sin responsabilidad en primera y última instancia acerca del servicio ó de la redención.

Durante la primera legislatura de las nuevas corporaciones del Estado se decretaron importantes leyes, como las referentes al regreso y protección de los emigrados inocentes, al restablecimiento del derecho de disponer por última voluntad, á la creación del tribunal de presas y al restablecimiento de recaudadores en todos los distritos. Por último, se creó con el auxilio de grandes capitalistas el Banco de Francia, formándose un sindicato de banqueros á cuyo frente figuraba Perregaux. El capital del Banco se elevaba á 30 millones y el objeto de su creación era encargarse de los cambios en sólidos negocios mercantiles y emitir billetes como papel moneda, estándole prohibidas todas las especulaciones que no fuesen las de cambios y el tráfico de metales (2).

Lo que mayor impresión produjo en aquellos primeros días del nuevo régimen fué la extinción de la guerra civil, que había estallado en los departamentos occidentales y que cesó á pesar de continuar en lucha con la Francia la potencia que hasta entonces la había sostenido con gran celo desde el exterior.

El partido de la guerra civil de la Vendée, Bretaña y Normandía, mas que del apoyo en hombres y dinero de Inglaterra, había vivido de la anarquía que debilitaba política y militarmente á los republicanos y de la barbarie de una legislación que lastimaba profundamente el fervor católico de aquellas poblaciones rurales. El primer cónsul había puesto término á aquella anarquía y á este terrorismo y su general en el ejército del Este, Hedouville, supo mostrar desde el primer momento aquella mezcla de fuerza y de bondad que por un lado completa la impresión de la superioridad y por otro suele dar el golpe de gracia á una resistencia que ya se va debilitando. El día 18 de enero de 1800 recibió este general, por conducto del abate Bernier, la noticia por escrito de la sumisión, en el propio día, de todos los caudillos de los rebeldes de la orilla izquierda del Loira. Gracias á los infatigables esfuerzos de Bernier, los oficiales de los realistas habían firmado en Montfaucon una capitulación en fuerza de la cual deponían inmediatamente las armas á cambio de una amnistía completa, del respeto al culto católico, de la rebaja temporal de las contribuciones en aquellas devastadas provincias, y de que fueran todos los jefes borrados de las listas de emigrados (3). Dos días después siguieron este ejemplo los rebeldes de la orilla derecha del Loira; los chuanes de la Bretaña y de Normandía se resistieron algún tiempo mas, siendo precisos algunos sangrientos combates antes de que las partidas de Bourmont, Jorge Cadoudal y de Frotte depusieran las armas; pero en los últimos días de enero la sublevación había terminado por completo y un régimen que con orgullo cifraba su misión en sanar las heridas por la Revolución abiertas, había operado verdaderas maravillas al extinguir aquel cráter.

En el memorable campo de la concordia y reconciliación mereció también el primer cónsul algunos laureles, pues amnistió á una segunda serie de proscritos, entre los cuales figuraban algunos escritores, como Fontanes, Laharpe, Suard, Sicard, Michaud y Fievée. El ex-dictador desterrado, Barthélemy, fué admitido en el Senado y su amigo el famoso Carnot

(1) *Les institutions militaires de la France*, pág. 211.

(2) Thiers, tomo I, págs. 167-176.

(3) Thiers, tomo I, pág. 202.

que compartió su suerte en 18 Fructidor, volvió asimismo á Francia y fué nombrado ministro de la Guerra en sustitución de Berthier. Pero quien todo esto hacía y quien por ello merecía agradecimiento era el primer cónsul, no la República.

El día 9 de febrero de 1800 organizó unos solemnes funerales en honor del gran ciudadano del Nuevo Mundo, Jorge Washington, que había fallecido en 14 de diciembre de 1799. Bajo la impresión de este homenaje rendido á las virtudes republicanas tomó el primer cónsul posesión, en 19 de febrero, con gran aparato de su residencia, es decir, del antiguo palacio real de las Tullerías. No era él solo quien debía ocupar este palacio, sino todo el Consulado: Lebrun fué á vivir efectivamente en él, pero no Cambaceres, el cual dijo á Lebrun: «Esto no nos conviene á nosotros y por lo tanto no iré allí. El general Bonaparte pronto querrá vivir solo en la residencia y entonces tendremos que salir de ella; vale, pues, mas no ir.» El 20 de febrero dijo Bonaparte á su secretario Bourrienne: «Ya que estamos en las Tullerías permanezcamos en ellas (4).»

CAPITULO II

GUILLERMO PITT Y LA POLÍTICA BELICOSA DE LA ARISTOCRACIA FINANCIERA DE INGLATERRA

La proposición de paz que el primer cónsul había dirigido al rey de Inglaterra en 25 de diciembre de 1799, fecha en que entró en el ejercicio de su cargo, se contestaba por sí misma con la política cosmopolita del hombre que hacía diez y siete años se encontraba al frente de Inglaterra y que de ocho años á aquella parte estaba en guerra á muerte con la Francia revolucionaria. Este hombre era Guillermo Pitt, el ilustre hijo del gran conde de Chatham, orador parlamentario como pocos ha habido en Inglaterra, y ministro parlamentario sin igual en los fastos de esta nación.

En alto grado extraordinarios fueron los sucesos que llevaron á Pitt al poder cuando solo contaba veinticinco años, y extraordinarias eran también las dotes de inteligencia y de su carácter con que se supo mantener en él á pesar de tener que luchar con dificultades nunca vistas.

Nacido en 28 de mayo de 1759 y educado desde edad temprana por su padre, cuyo segundo hijo era, para ser un verdadero orador, fué, después de haber terminado sus estudios en Cambridge, abogado en Lincoln-Inn, en Londres, y en 23 de enero de 1781 el distrito de Appleby le nombró su representante en la Cámara de los Comunes. Ya en su primer discurso causó una impresión casi deslumbradora por la decisión y forma pulcra con que se expresaba. En este joven parlamentario reconoció la Cámara un hombre que desde su mas tierna infancia había dirigido toda su ambición, todo su talento precoz, toda la fuerza de su carácter altanero y toda su voluntad de hierro á un solo designio, que era llegar á ser, como primer orador sin disputa de la Cámara de los Comunes, y continuar siendo hasta su muerte, el ministro gobernante de su país. Niño tan débil de cuerpo que hubo de renunciar á asistir á la escuela de Eton, había logrado mantener, en medio de la educación doméstica y del aislamiento del campo, el ideal de su alma alejado de todo contacto impuro, y en las muchas, y á menudo tempestuosas, discusiones del parlamento de Westminster que había presenciado, había aprendido con lucidez completa el sistema seguido por los oradores, que para demostrar que tenían razón comenzaban aparentando que no la tenían ó que solo la tenían según su opinión propia. Supo distinguir los medios, que allí se combatían mutuamente con estrépito, de los fines, que al

(4) Thiers, págs. 217-226.

cabo resultaban vencedores ó vencidos por una votación; vió que para el triunfo de los últimos, fueran nobles ó innobles, era de influencia decisiva la maestría en la aplicación de los medios y descubrió el elemento indispensable de la elocuencia parlamentaria en el arte de luchar con palabras y principios, con conclusiones y fundamentos. El profano se deleitaba con las galas de un discurso florido; el joven especialista seguía con apasionada emoción los acentos de un discurso polemista y mentalmente se inclinaba ora á un lado, ora á otro. En su casa encerrábase en su aposento y recitaba discursos en alta voz para ejercitarse en discutir á diestro y siniestro. Como medio el mas á propósito para llegar á dominar la lengua madre, hablábale su padre recomendado que se practicara en ella continuamente traduciendo al inglés de corrido las oraciones de Tucídides, Demóstenes y Cicerón (1), y así acabó por adquirir asombrosa facilidad para este ejercicio. A esto se atribuyó que mas adelante, en el Parlamento, no colocara mal en la frase ni una sola palabra, ni vacilara nunca en la exposición de un período, y que en medio de los mayores tumultos no perdiese nunca la conciencia de su superioridad que le amparaba contra las sorpresas y el abatimiento.

En el corto ministerio Shelburne confiése en 1782 á Pitt, que entonces contaba veintitres años, el cargo de canciller del Tesoro público (2). Con motivo de los preliminares de paz con los Estados Unidos de América (3) fué derribado aquel gabinete por una unión de los partidos tan extraña y repugnante que la palabra «coalición», que hasta entonces se había aplicado sin que significara nada desagradable, adquirió entonces la significación de una especie de estigma.

Durante la guerra con América, lord North, primer lord del Tesoro, había sido combatido por los grandes oradores de la oposición, Carlos Fox y Edmund Burke, con un apasionamiento de que no había ejemplo en los anales del ministerio inglés desde el tiempo de Strafford. Fox, especialmente, había puesto de manifiesto tan á menudo la «traición, la deslealtad y falsedad» del ministro; había llamado sobre él con tanta energía «la venganza de un pueblo ofendido y arruinado» había pedido de tal manera que se le castigara con el patíbulo (4) que nadie comprendía cómo, al llegar al poder durante el segundo ministerio de Rockingham, se supo dominar hasta el punto de no llevar adelante sus acusaciones contra el mas infame de todos los hombres. En vez de esto, aquel mismo Fox se unía á la sazón con North y le seguía en todo y por todo como si nada hubiese sucedido. El uno era el jefe de los torys, el otro el de los whigs, y ninguno de ellos sospechaba la influencia que esta comedia ejercía en el partido que hasta entonces ambos habían tenido en el país desde que éste se enteraba, por medio de la prensa, con una minuciosidad antes no empleada, de las discusiones del Parlamento. Uno y otro eran de naturaleza frívola y bondadosa; no se llevaban mal entre sí nunca y raras veces con los demás y no sabían guardar rencor por motivos reales ó personales. El carácter personal de estos dos hombres, antes enemigos tan irreconciliables, explica fácilmente el cambio que en ellos se operó y que bajo el punto de vista político era tan incomprendible como imperdonable, pues el antagonismo se fundaba en principios fundamentales para los cuales no cabían ante los electores ni una solución ni una reconciliación. Jorge III se mostró profundamente indignado, pues odiaba á Fox como á un adversario mortal y consideraba por lo tanto al gabinete

(1) Stanhope: *William Pitt et son temps*, trad. por Guizot. Paris, 1862, tomo I, pág. 8.

(2) Tomline: *Memoirs of the life of W. Pitt*. Londres, 1821, tomo I, página 64.

(3) F. II, 790-791.

(4) Lecky: *Historia de Inglaterra*, tomo IV, págs. 286-287.

mixto como una conjuración contra él dirigida. Cuando después de cinco semanas de resistencia acabó el rey por someterse al ministerio Portland-North-Fox, lo hizo con la intención manifiesta (5) de librarse de él en cuanto le fuera posible; y cuando Fox logró que la Cámara de los Comunes aceptara su famoso bill de la India, el monarca intervino para que la Cámara alta lo rechazara y cayera por lo tanto el ministerio. Uno de los lores que eran abiertamente contrarios á la ley, el conde Temple, hizo que el rey le hiciera por escrito la manifestación de que los lores que votaran el bill de las Indias orientales no solo no serian amigos suyos sino que serian considerados como enemigos del monarca. Esta indicación produjo el apetecido efecto: el bill fué desechado en la Cámara alta, en 17 de diciembre, por 95 votos contra 76, después de cuya votación escribió Fox: «Hemos sido derrotados en la Cámara alta por una traición del rey y por una infamia de sus amigos, que nadie podía suponer en aquel ni en estos. — Todavía no hemos concluido, pero mañana es probable que sí; esto no obstante, somos tan fuertes, que solo un insensato puede encargarse del gobierno, y si alguno hay que á ello se atreva, sabremos derribarle en cuanto haya formado gabinete (6).» La «insensatez» de constituir ministerio en tales circunstancias la tuvo Guillermo Pitt, y cuando después de destituidos los antiguos ministros se anunció en 19 de diciembre de 1783 á la Cámara baja que era preciso proceder á una nueva elección en el distrito de Appleby porque el que hasta entonces lo había representado, Guillermo Pitt, había sido nombrado primer lord del Tesoro y canciller de la Tesorería, casi todos los bancos acogieron esta declaración con risas de desprecio. Lo que aconteció con este cambio de ministerio y lo que había de suceder mas adelante demostró á los ojos de todos lo que en la Inglaterra parlamentaria habían significado hasta entonces la Constitución, el derecho y la costumbre. En la dinastía de Brunswick no se había dado todavía el ejemplo de que un rey influyera directa y abiertamente en una votación de los lores; pero aun era mas inaudito que el nuevo primer ministro fuera sacado de la minoría de la Cámara baja y que á pesar de verse objeto de un voto de censura tras otro, ni dimitiera ni disolviera la Cámara. Era también cosa sin ejemplar que la misma oposición que con desesperada energía atacaba al ministerio por haber sido maltratada por el rey y los lores, no solo no propusiera el último recurso legal para decidir la cuestión, cual era apelar al país y proceder á la disolución y reelección de una nueva Cámara, sino que hiciera solemnemente imposible la aplicación de este recurso, con lo cual se debía ver de parte de quién estaban la buena y la mala fe. La mayoría de la Cámara baja tenía en Fox, North, Burke, Sheridan y Erskine oradores y talentos de primer orden y además era tan fuerte por el número que en diez y seis votaciones seguidas pudo derrotar al ministerio; pero á pesar de esto, no tuvo valor para presentarse ante el tribunal de sus electores, y esto hacía que todos sus golpes fueran á parar de rechazo contra ella misma. La invencible perseverancia, el indomable valor con que Pitt, que á la sazón contaba veinticinco años, sostuvo una lucha considerada, en un principio, por todos como desesperada, y con que luchando con los primeros oradores de su país devolvía con rabia injuria por injuria, desprecio por desprecio y énfasis por énfasis, todo esto produjo profunda impresión, y entre la burguesía, especialmente entre los comerciantes de Londres, surgió muy pronto un partido que fué el de los admiradores y adoradores del joven ministro Pitt. La City de Londres le reconoció con júbilo y entusiasmo el derecho de ciudadana

(5) Lecky, tomo IV, págs. 296-297.

(6) Russell: *Memoirs and correspondence of Charles James Fox*. Londres, 1853, tomo II, pág. 221.